

Enrique De la Garza



La metodología configuracionista para la investigación

gedisa


Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Iztapalapa
Consejo Editorial de Ciencias Sociales y Humanidades

Capítulo II

Relativismo y antifundacionismo

Desde los años ochenta del *siglo* XX, dos esferas de las formas académicas de pensar se han escindido, la de la investigación social y la de la filosofía de la ciencia (Apel, 1992). Las teorías sociales cambiaron mucho a partir de la gran transformación que supuso la década de los setenta-ochenta del *siglo* pasado; hay nuevas teorías, algunas de las que ya existían antes de esas décadas se han fortalecido, otras han decaído, y algunas —prácticamente— han desaparecido de la discusión de los académicos. A pesar del planteamiento postmoderno del fin de los grandes discursos (Larey y Potter, 2001), muchas teorías actuales han tenido esta pretensión, tales como las teorías de la agencia, de sistemas, la revitalización de las interaccionistas simbólicas y de la fenomenología sociológica, las teorías interpretativas del discurso, la del sistema mundo, de la acción racional, el neoinstitucionalismo, etcétera (Barbalet, 1983). Sin embargo, a diferencia del período de la postguerra que termina en los años setenta, no se puede hablar de grandes teorías hegemónicas, o en todo caso, sus hegemonías pudieran ser en algunos países, en unas disciplinas, o en ciertos departamentos de universidades (Berstein, 1983). Otra diferencia sería que

en general, estas teorías grandes, emergentes a partir de la década de los ochenta, han repudiado a los estructuralismos tan aceptados en el período anterior, introdujeron los temas del lenguaje, la subjetividad o la textualidad (Wodak, 2008) en la teorización (Betti, 1984). Lo anterior no significa que no haya teorías estructuralistas o intentos de actualización de antiguos paradigmas, como es el caso del funcionalismo de Parsons en los Estados Unidos. Parte de estas teorías han sido influenciadas por la filosofía hermenéutica, por el postestructuralismo, por el postempirismo o por el pragmatismo (Bhaumbro, et al., 2014). Sin embargo, la asimilación de estas filosofías por los científicos sociales no ha sido hasta sus últimas consecuencias o en sus aspectos más íntimos, porque muchas de aquellas resultan muy relativistas, e incluso hay propuestas que rayan con el agnosticismo (Blaavw, 2008; Harrington, 2000). Es decir, se da la paradoja de científicos sociales que siguen haciendo ciencia, mientras simpatizan con teorías relativistas, sin asumir que no habría forma de jerarquizar las diferentes construcciones de conocimiento, y a la vez, se involucran en fuertes pugnas en torno de la validez de un enfoque y no del otro (Boudon, 1980). Otro tanto sucede con los filósofos relativistas que compiten en la disputa por la mejor interpretación de los grandes filósofos (Campbell, 1988). Es cierto que la gran oleada de relativismo en filosofía de la ciencia ha llevado a algunos autores a proclamar la muerte de la epistemología, y a científicos sociales a abandonar la investigación social por la filosofía; este último caso, no obstante, se trata de minorías, pues la mayoría sigue generando conocimiento y las publicaciones de artículos en revistas científicas no ha menguado; por el contrario, se ha acrecentado en el mundo (Cruicshanks, 2003).

Es decir, la escisión entre epistemología y práctica de la investigación científica se da, a pesar de recuperaciones parciales de las doctrinas relativistas —por científicos sociales— que las desubican de su marco antiepistemológico. En esta medida, como no es interés de los diversos relativismos proponer un método de investigación alternativo al positivista, sino que al criticarlo, rechazar toda idea de método, han dejado huérfanos de opciones a los científicos sociales que siguen haciendo ciencia (Feather, 2000). En estas condiciones aparecen alternativas de método no relativistas, comúnmente superficiales en su

fundamentación epistemológica, como la *grounded theory*, o bien, hay un renacimiento del positivismo en estado práctico en muchas investigaciones empíricas en ciencias sociales, que no se cuestionan el problema epistemológico de si puede haber correspondencia entre teoría y realidad, como tampoco, si los datos empíricos están dados o son siempre construidos por los sujetos, así como la influencia de las relaciones de poder cuando están construyendo conocimiento (Flores, 2013). Es decir, investigan con métodos que supuestamente había quedado desprestigiados a partir del giro lingüístico y sus fundamentos deconstruidos para no volver a reconstituirse. Para el científico normal —en el sentido de T. Khun— el problema es que la aceptación relativista hasta su última consecuencia, llevaría posiblemente al agnosticismo y a rechazar el quehacer de la ciencia como diferente del conocimiento cotidiano, como simple juego del lenguaje (Freeman, 2011). Entonces, para no paralizarse ni reducir la profundidad del debate en la metodología de la ciencia y técnicas cuantitativas versus cualitativas, prefieren ignorar la nueva epistemología, mejor dicho, la antiepistemología, y acogerse a formas de hacer ciencia que gozaron de gran legitimidad en el pasado, definidas como una lógica de cómo hacer ciencia: el método hipotético deductivo, minado desde hace varios decenios en sus fundamentos (para estos científicos de investigación concreta no se trata de justificarlos, sino de ignorarlos, así como a sus críticas). El primero sería el camino de la parálisis, y lo cierto es que —intuitivamente— la mayoría de estos científicos son realistas, y siguen creyendo en que la ciencia puede dar cuenta de realidades sociales (Ginev, 1995).

Aunque cuestionamientos a la objetividad del conocimiento científico se habían dado muchos siglos atrás, pasando por Kant, en el siglo XX se iniciaron —por la vía hermenéutica— en torno de la interpretación de los significados y de la sociología del conocimiento (Ricoeur, 2003). Desde el momento en que no hubo consenso de si había método para interpretar significados, estas perspectivas suponían relativismo, además de que el poder y la cultura serían inseparables de la “verdad” de la ciencia (Ginev, 2013). A pesar de la “disputa europea por los métodos”, iniciada por Dilthey y Mach y continuada con Husserl, Heidegger y el positivismo lógico, este

último se impuso en el mundo por varios decenios y la lógica de la investigación científica se presentó como la reflexión más poderosa acerca de la objetividad del conocimiento a través de un método (el hipotético deductivo) y la prueba empírica (Ferreris, 2002). Este positivismo pretendía proporcionar guías aparentemente seguras a los investigadores, puesto que decía apoyarse en la forma de hacer ciencia de la impactante ciencia natural (por sus descubrimientos). Así, la epistemología positivista dominó el panorama epistemológico y de metodología de la ciencia de los años treinta a los sesenta del siglo XX (Hall, 1990).

Aparentemente, este positivismo se presentaba sin ontología, basado en cómo investigaba la ciencia natural en forma estilizada. Sin embargo, sí contenía una ontología implícita, pues suponer que la ciencia buscaba leyes universales, implicaba pensar la realidad como dada en términos de sus leyes, creer que había un solo método y una sola ciencia (a diferencia de Dilthey), que era el de las ciencias naturales, considerar que el dato empírico, captable a través de los sentidos, estaba dado en la realidad, ignorando las objeciones hermenéuticas acerca de la objetividad de la observación sensible (Jame-son, 1969).

Aunque el significado de la objetividad en la ciencia había sido cuestionado siglos atrás, y en el siglo XX por las corrientes hermenéuticas o de sociología del conocimiento, la unificación de las críticas y un verdadero *turning point* se dio en los sesentas con el giro lingüístico (Kaufman, 1943); es decir, la aseveración —sencilla pero potente, difícil de rebatir— de que el conocimiento depende de los conceptos utilizados, del lenguaje (Austin, 1962) (Lakoff y Johnsons, 1982). En esta medida, diferentes lenguajes llegarían a resultados contrastantes, y no habría manera de discernir en su contenido de verdad, o sea, de deslindar entre lo que la realidad es y lo que añade el concepto (Lamola, 2013). Se cuestionaba así, el concepto clásico de correspondencia entre pensamiento y realidad que ha conducido al relativismo. En esos mismos años, sin estar dentro del giro lingüístico, Thomas Khun siguió la tradición de pensar que sobre la ciencia y el conocimiento en general influyen las relaciones de poder e intereses de los miembros de su propia comunidad, o con Foucault, pensar

que toda relación social implica relaciones de poder —en un sentido más amplio que en Khun—, que determinarían los órdenes epistémicos (Laet, 2012). Ambas perspectivas, giro lingüístico y saber y poder, minaron el consenso positivista, aunque la segunda era una crítica externalista, no tanto a la lógica del método positivista, sino a la influencia del contexto, mientras la primera tocaba el corazón del método, por lo que se convirtió en la más influyente para criticar al positivismo. Como el positivismo dominaba a lo largo y ancho de la epistemología, y sobre todo, en la metodología de la ciencia, las que se iniciaron como críticas a esta gran perspectiva, se volvieron en contra de todo realismo, atribuyendo a unas y otras corrientes realistas los mismos supuestos de realidad o de cómo conocer, cuestión que como que veremos, resultó en un abuso de la crítica hermenéutica en contra de toda idea de método. No todas las perspectivas realistas antiguas o modernas son positivistas. Las críticas relativistas al positivismo se extendieron a toda corriente que considerara que el mundo tiene alguna estructura que pudiera captarse a través del pensamiento. Según la crítica, esto no sería posible, porque la mediación del lenguaje impediría garantizar la captación de esa supuesta estructura; por el otro lado, el poder, que derivaría en paradigmas diferentes, tampoco garantizaría correspondencia o la posibilidad de captar estructuras. El relativismo se extendió a la prueba empírica: el dato empírico es captado por el sujeto a través de los sentidos, pero la percepción está también en función del lenguaje, por tanto, no habría percepción de datos tal cuales, sino dependientes de la subjetividad, del lenguaje o del poder, y esta mediación —que relativiza al dato y a la fuerza de la prueba empírica— no podría ser salvada. En fin, que no habría métodos seguros de llegar a la verdad, ni estos podrían tener fundamentos en una epistemología que lo garantizara, de tal forma que el relativismo es, a su vez, un antifundamentacionismo. No habría fundamentos de método o de conocimiento verdadero (Luft y Shields, 2014).

Habría que anotar que aunque el relativismo en sus diferentes formas puso el acento en la crítica al positivismo, puesto que era la corriente dominante en epistemología y metodología hasta los sesenta del siglo XX, sus críticas se extendían a toda teoría realista, aunque

no fueran positivistas (McLennan, ed., 2014); a toda posición realista en el sentido de que algún nivel de comprensión o explicación podía ser validado (O'Hear, ed., 2012). Es decir, en contra de toda idea de ciencia, salvo que eufemísticamente se aceptara que existe la ciencia, pero como un discurso más, sin jerarquía de verdad. Es decir, el relativismo tendría que ser visto como antiepistemología —de hecho, los relativistas más consecuentes han proclamado la muerte de la epistemología, o bien, su sustitución por la psicología cognitiva, como en el pragmatismo—, en tanto no podría haber una doctrina que proporcionara guías seguras de cómo alcanzar la verdad. No obstante, los relativistas se mueven en el plano de la discusión, en parte ontológica en parte epistemológica; en este último, se convierten en una antiepistemología con fuerte argumentación acerca de cómo no se puede llegar a la verdad (Pietersman, 200). Asimismo, cuando se mencionan las críticas actuales a la ciencia como relativistas y no como agnósticas, se incurre en un eufemismo. No es lo mismo construcción de conocimiento que no puede pretender corresponderse con alguna realidad, a decir que a pesar de los efectos en el poder y la dominación o la cultura, pudiéramos construir conocimiento verdadero, porque el punto no es si se construyen ideologías y a estas se les llama conocimientos relativos, pues puede haber muchos y ninguno puede reclamar ser más objetivo que el otro, sino si se puede hacer conocimiento verdadero, reconociendo la mediación del lenguaje o del poder (Rankin, 1966). El primer caso es el reconocimiento de que ninguno de los llamados conocimientos científicos puede pretender constituirse de manera externa al sujeto. Si fuera así, entonces habría que llamarle agnosticismo y no simplemente relativismo.

La primera forma de crítica relativista fue reductiva al lenguaje o al poder, y ciertamente rebate todo realismo ingenuo de expresión de la realidad en el pensamiento, y no puede ser refutado el hecho de que entre pensamiento y posible exterioridad, siempre está la mediación del lenguaje, o que el poder forma parte de todas las construcciones sociales (Reckman, 1991). Sin embargo, esta crítica —con todo y su impacto— resulta reductiva, porque se refiere sobre todo al positivismo, y luego, se le adjudica a todo realismo. Tampoco resume

todas las objeciones que se han acuñado con el tiempo a este gran paradigma. Habría que empezar con su pretensión de encontrar leyes universales y recordar las críticas de Popper al verificacionismo, en cuanto a que toda verificación implica inducción, y la imposibilidad de inducir proposiciones universales, puesto que un solo caso futuro que negara aquella proposición, sería suficiente para negar su universalidad, *ergo*, no es posible verificar proposiciones universales. También habría que recordar las críticas al concepto estándar de teoría, como sistema de proposiciones vinculadas entre sí en forma deductiva. Las críticas empezaron con el propio Hempel, en cuanto a que las teorías no podrían verificarse proposición por proposición, sino a través de nodos por bloques; o la crítica de Bachelard en cuanto a que en lugar de sistema hipotético deductivo sería mejor pensar en un perfil epistemológico con relaciones entre conceptos y conceptos por niveles de claridad, desde los más claros hasta los francamente oscuros; o bien, en la epistemología postestructuralista, para los que la teoría es una red, en una concepción conjuntista y no proposicional. En nuestra perspectiva, una configuración con relaciones claras, oscuras, proposicionales, analógicas, metafóricas, por reglas prácticas, con indexicalidad, con conceptos infiltrados de términos del lenguaje común, lógica formal junto a formas de razonamiento cotidiano (De la Garza, 1988).

Asimismo, en el método hipotético deductivo es criticable el concebirlo como un proceso de deducciones sucesivas, desde la teoría estándar, pasando por hipótesis deducidas de la primera, indicadores deducidos de los conceptos teóricos y verificación con datos percibidos a través de los sentidos, sin problematización de que lo que es percibir. Las hipótesis no siempre se pueden deducir de configuraciones complejas como las mencionadas —que serían las teorías—; a veces, estas son imaginadas o intuitas. De igual modo, los indicadores no pueden deducirse de los conceptos teóricos, porque son síntesis de más determinaciones que los conceptos abstractos, y el dato, gran aporte hermenéutico, depende del concepto (metodológicamente del indicador que es un concepto más concreto que el concepto abstracto), la mediación lingüística, pero también de los sujetos que las ciencias sociales investigan, pues siempre están presentes en

el dato empírico. Esta doble hermenéutica entre la percepción como significado construida por el investigador, y la interacción simbólica con el investigado, que presupone otra construcción a partir de preguntas o diálogo, implica la doble determinación de la construcción del dato a partir del lenguaje teórico del investigador (que vimos que no es puramente teórico), y el común del investigado con sus respectivas negociaciones o imposiciones de significados (Rennie, 2007). Es decir, el positivismo fue ingenuo al pensar en datos dados en la realidad sin esta doble hermenéutica (Ricarez, 1990). Por el lado del contenido subjetivo del conocimiento, el ingenuo era Popper, que pensó en un proceso ideal de justificación de las hipótesis, regido por una racionalidad instantánea que llevaría a reconocer inmediatamente cuando algo quedaba refutado: “El conocimiento en el sentido objetivo es conocimiento sin sujeto”. En cambio, estos sujetos que hacen conocimiento tienen intereses, usan ciertos lenguajes, están en relaciones de poder que los lleva a sostener sus paradigmas, aunque no se verifiquen, por ejemplo, a través de cinturones de protección. Es inevitable situar el proceso de construcción de conocimiento científico en su contexto cultural, social, político, así como en su momento histórico y espacial. Lo último se justifica más cuando se parte de la concepción de que el objeto, o sí se quiere, la relación sujeto-objeto, se transforma, no está sujeta a leyes universales, y el conocimiento puede profundizarse.

1. Las corrientes antifundacionistas

Desde los años sesenta del siglo XX, arrancó una gran oleada relativista. Al principio fue de mayor impacto el antipositivismo, a la manera de Khun, que no remite a los significados; posteriormente, ganó gran ventaja la crítica hermenéutica. Este rescate hermenéutico no solo tiene que ver con el giro lingüístico, pues en todo caso, este es una síntesis que se venía acuñado desde Dilthey, pero sobre todo con Husserl, al establecer posiciones extremas subjetivistas, tales como que la esencia es el sentido que el ser tiene para el ego, o bien, que el objeto es la propia conciencia, o la identificación sujeto-objeto. No

obstante, Husserl puede ser tachado de subjetivista, pero no de individualista, sino trascendental, y en esta medida, no relativista. Es decir, al idealismo husserliano se añadió el relativismo, despojando a la primera de su trascendentalismo fenomenológico y de su propuesta de que sí puede haber un método, el fenomenológico, que sí llevaría a la verdad, entendida como el conocimiento del estado trascendental de la conciencia (Ricoeur, 2007).

La oleada relativista iniciada en los sesenta del siglo XX, tenía al positivismo como centro de su ataque, pero también, a todo estructuralismo (reivindicaba la centralidad de la conciencia y de la construcción de los significados), y a las teorías que en dicho siglo se habían atrevido a hacer predicciones o señalar rumbos de cambio de la sociedad. Es decir, era un relativismo, en cuanto a la capacidad de la ciencia para conocer la realidad, bajo el supuesto ontológico de que no había manera de desbrozar entre lo que el ser es y la conciencia del mismo. El resultado eran dos relativismos: en el extremo, la incapacidad de conocer; y en lo menos extremo, lograr solo conocimientos relativos al lenguaje (para los postempiristas, también al poder y el interés).

Se aceptaba en forma cada vez más amplia la doble hermenéutica, y se le declaraba insalvable: la investigación científica implicaba una interpretación del investigado (a las preguntas del investigador) desde su lenguaje y cultura, y otra del investigador, desde su lenguaje teórico y su cultura también. Estas consideraciones no podrían explicarse sin añadir la importancia que la ciencia social daba al tema de la interpretación de significados por parte de los actores de las relaciones sociales, es decir, el haberse conjugado con otra oleada de otro nivel antiestructuralista. Las teorías que surgieron o se reactivaron a partir de los setenta del siglo XX, ya no podían formularse legítimamente sin incluir al lenguaje, la conciencia o la subjetividad, en unas junto a estructuras e interacciones, en otras, los actos de conciencia mediados por el lenguaje se convertían en la única realidad de la que era posible hablar, que como vimos, tenía en Husserl su formulación más estricta. Por supuesto que había posiciones intermedias (Ricoeur, 1998).

Por eso la postmodernidad no surgió en los ochenta del siglo XX como rayo en día sereno. A su manera sintetizó el relativismo de los

últimos veinte años: su crítica a los grandes discursos, a toda idea de sistema, de estructura, de totalidad; su idea de conocimiento científico como simples juegos del lenguaje mediados por el poder; el fin de los grandes sujetos, proyectos e ideas de futuro. Otra perspectiva relativista de esta última época fue el constructivismo; decía Gadamer que el lenguaje construye el mundo, no lo representa. Fue también el renacimiento del interaccionismo simbólico, para el cual la realidad es construida en interacción, con desprecio de estructuras objetivadas, e introduce la idea, ahora muy socorrida entre los relativistas consensualistas, de que los significados que importan no existen en la conciencia, sino en la interacción, pues en esta son negociados, y de la aceptación compartida surge el significado.

Hay también una reacción en contra del subjetivismo a cargo del textualismo, cuando se plantea la objetividad del texto frente a la subjetividad del significado, y se llega a proponer el abandono de la idea de significado. Dice Quine que el significado no puede ser observado a diferencia del texto, que pareciera retraer a un positivismo del Círculo de Viena.

Sin embargo, el textualismo no logró resolver el problema clásico (hermenéutico) de la interpretación del texto, es decir, aunque se aislara el texto del sujeto que lo generó, de la interacción con otros sujetos, y en general, del contexto de su producción, no puede ser interpretado sino a través de la comprensión que no resulta de la simple observación de lo que dice el texto a través de los sentidos. En términos de técnicas de análisis de lenguaje, pareciera retraerse a la propuesta del desprestigiado análisis de contenido, por la cual el texto vale en sí mismo, por el contenido de las palabras o las frases, y no por su interpretación, lo que llevaría nuevamente al tema del significado y la intervención de sujetos, a la doble hermenéutica y a la indexicalidad del significado en el *corpus* del texto, pero también en el contexto extradiscursivo económico, político, social

El pragmatismo, por su parte, no es relativista, puesto que sería más verdadero lo más exitoso; en cambio sí es antifundacionista, ya que no habría fundamentos teóricos, epistemológicos, ni de método, para tener conocimientos exitosos; la verdad no sería explicativa ni comprensiva; la única correspondencia sería con el éxito. Esta co-

rriente ha planteado insistentemente el fin de la epistemología, o como dice Quine, su sustitución por la psicología cognitiva. Sin embargo, el pragmatismo no logra resolver los problemas hermenéuticos principales:

- 1) Cómo interpretar que el resultado de una acción fue exitoso o no. Lo anterior requiere interpretación, hermenéuticamente; aún los resultados en términos de datos empíricos necesitarían de la comprensión de significados, y estos significados podrían ser compartidos colectivamente.
- 2) No es cierto lo que afirma Heidegger, que el ser en el mundo es prereflexivo. Por el contrario, las prácticas rutinarias tuvieron que aprenderse, e intervenir la reflexión. Estas son guiadas por reglas conscientes o no conscientes; sin embargo, esas reglas solo son guías esquemáticas acerca de los cursos de acción, de tal manera que la complejidad de la realidad cotidiana puede obligar a los sujetos a ejercer un monitorio permanente y hacer las correcciones necesarias. Habría que agregar las prácticas extraordinarias que requieren necesariamente de reflexión para actuar.
- 3) Para James la acción exitosa requiere de consenso en una comunidad. Pero esto remite a una dimensión hermenéutica colectiva, es decir, comunitariamente se negocia el significado de qué es ser exitoso. La prueba práctica sería decidida en su éxito, intersubjetivamente. Además, a este autor le faltó considerar que en los grupos sociales no solo hay comunidad sino también poderes que se imponen sin consenso.

Es decir, más allá de la influencia geopolítica del pragmatismo, son la Hermenéutica y la fenomenología las corrientes más profundas de crítica a los fundamentos de la ciencia, por encima del postempirismo que remite a mediaciones externas de lo que los positivistas llamaban la lógica de la investigación. Las cuales son pertinentes en la discusión, pero no dejan de ser un sentido común del que hacer de la ciencia. En cambio, los hermeneutas engarzan con lo más sofisticado de la filosofía clásica y contemporánea (Ricoeur, 2008).

2. Alternativas

Concordamos parcialmente con una parte de la hermenéutica que plantea volver a la ontología, el “ser en el mundo”, pero no para desecharla a la epistemología, sino para fundarla mejor, operación inversa de la que pretendieron los positivistas que creyeron fundar una epistemología sin ontología —esta sería metafísica, al no estar sujeta a la verificación—; sin embargo, vimos al principio si había una ontología implícita (Sainsbury, 1980).

Algunos principios ontológicos podrían ser:

- 1) La construcción de significados no es solo una manera de ser en el mundo, sino una dimensión de lo real.
- 2) La construcción de una ontología de la práctica, diferente de la pragmatista, que implicara que esta es resultado de las relaciones entre sujeto y objeto, de tal forma que habría estructuras objetivadas, resultado sedimentado de prácticas sociales, de las cuales los sujetos podrían tener conciencia o no (Sfcinmetz, ed., 2012). Lo anterior significa la posibilidad de existencia de estructuras extralingüísticas que no determinan la acción ni la conciencia, pero sí las presionan. No obstante, en la acción los sujetos ponen en juego significados que son parte de lo real que se conjuga junto a las interacciones y acciones, en relaciones recíprocas para explicar la acción. En otras palabras, la acción no solo se mide por el éxito —no deja de ser una versión burda de la elección racional sin introducir la racionalidad del sujeto—, sino que es posible descubrir con cuáles significados, con cuáles presiones estructurales e interacciones, en cuál contexto de multiniveles se produjo la acción colectiva (Shlazqui, 1986). El tema de la reflexión conectada con la acción no lleva a pensar que cada acción implica pleno conocimiento de la situación, pero sí, algún nivel de reflexividad, que no es fundamentalmente epistemológico, sino ontológico. Además, el tema de reflexividad lleva al de subjetividad social, entendida como construcción social de significados en la coyuntura (Siigaard, 2011). Este problema conduce, a su vez, al de las rela-

ciones entre cultura y subjetividad, que tratando de escapar del automatismo funcionalista, podría significar su distinción. La cultura como acumulación de códigos sociales para dar significados, y la subjetividad como la construcción concreta a partir de la cultura, que en la coyuntura supondrían —para el actor— no la construcción de sistemas, sino de configuraciones a partir de dichos códigos, más posibles asimilaciones o fusiones para el caso. La configuración subjetiva, que sería la red concreta de códigos para dar significado a una situación concreta y decidir la acción, no podría ser sistémica, sino red que acepta la contradicción, la discontinuidad y la obscuridad (Tolman y Bydon-Miller, 2001). Códigos de campos como el cognitivo, el emocional, el moral, el estético, armados en configuración a partir de la lógica formal o bien de formas de razonamiento cotidiano como la metáfora, la analogía, el principio etcétera, la hipergeneralización o los recursos retóricos. La acción puede incluir, propiamente, interacciones con significados negociados, pero también impuestos y aceptados por el interés, el miedo o la fuerza. Asimismo, las relaciones con la naturaleza no serían propiamente interactivas, aunque sí interpretadas por el sujeto en su comunidad.

De manera más específica, una ontología postpositivista incluiría:

- 1) El postulado de que no hay leyes universales, sino que estas son históricas, sea porque la realidad social está en constante transformación —incluyendo sus legalidades—, sea porque cambian las interpretaciones con el tiempo
- 2) Las leyes no serían propiamente causales, sino de tendencia, lo que significaría estar sujetas a más determinaciones que las implicadas en la Ley. Estas tendencias presionan a los sujetos, pero no los determinan. En las ciencias naturales la causalidad es —sobre todo— pertinente en condiciones experimentales, cuando se aísla el objeto de otras determinaciones.
- 3) La acción no solo interesa en sus resultados, sino que puede ser explicada-comprendida a partir de las estructuras, de sub-

jetividades e interacciones —en contextos multiniveles— que presionan a los actores. En lo social, estas estructuras resultan de prácticas anteriores objetivadas, de las cuales los actores pueden tener o no conciencia; pueden ser también estructuras discursivas, pero la realidad no se reduce al discurso, ni tampoco al sentido que el ser tiene para el ego. Como dice Bhaskar, lo real depende de conceptos, pero no exhaustivamente.

- 4) La verdad en lo social es explicación-comprensión de estructura-subjetividades-acciones, no buscando correspondencia, sino la definición del espacio de lo posible para la acción de sujetos sociales en la coyuntura.

De una ontología realista, pero no positivista, podría desprenderse una metodología no positivista que no reprodujera aquella corriente, y que retomara las críticas relativistas en un objetivismo relativo:

- 1) Pasar del concepto de método como proceso de verificación hipotético deductivo, al de reconstrucción de la totalidad concreta a la situación concreta, que implicaría la explicación-comprensión de las relaciones concretas en la coyuntura entre estructuras-subjetividades y acciones, proceso de indagatoria no deductivo a partir de un marco teórico, sino heurístico, por el cual habría que descubrir cuáles son las estructuras que presionan en la situación concreta, conformando una configuración estructural; cuales códigos subjetivos conforman la configuración para dar significado, y cómo se arman las relaciones sociales también en configuración.
- 2) Del concepto de teoría estándar como sistema de hipótesis vinculadas entre sí en forma deductiva, al de configuración como red flexible entre conceptos teóricos y términos del lenguaje común, vinculados por la deducción o la inducción, pero también por formas del razonamiento cotidiano
- 3) La impertinencia del camino de prueba de las hipótesis frente a una epistemología y metodología abiertas, que buscan el descubrimiento y no la justificación de teorías o hipótesis.

- 4) El dato empírico no sería algo dado; depende del lenguaje del investigador (conceptos teóricos), pero también de sus intereses y en cuáles relaciones de poder se ubica. En ciencias sociales, como los datos más relevantes provienen de los sujetos investigados, sus respuestas, que son materia prima para construir los datos en la investigación, estarán mediadas por la comprensión entre el lenguaje del investigador y el investigado, por la cultura del mismo, por sus experiencias y por cuáles estructuras los presionan, además de intereses y poderes en juego. Tampoco se trata de un proceso tipo comunidad ideal del diálogo de puro consenso acerca de los datos generados y sus significados, porque entre investigador e investigado también hay una relación de poder, además de la posible intervención indirecta de otros sujetos por ambos lados.

Recapitulando: la realidad no se reduce al discurso, al texto, ni a la conciencia. Estos son parte de la realidad y pueden tener estructuras. Lo que permite apelar a lo extralingüístico es el concepto de objetivación (Skinner, 1969). Hay aspectos de la realidad que no son objeto de conciencia, de textos o de discursos, que influyen en nuestras vidas; estas dimensiones pueden ser sociales o naturales. Las dimensiones objetivadas de la realidad social provienen de objetivaciones de las propias prácticas de los sujetos, son productos de la acción humana que adquieren vida propia y que existen como realidades de segundo orden con respecto de aquellas cara a cara. Por ejemplo, el concepto de mercancía no es solo un pensamiento o una palabra, sino que designa lo común que tienen todas las mercancías en particular: tener un valor de uso y un valor; en esta medida, la mercancía existe en todas las mercancías como su objetivación. Pero la mercancía, producto del trabajo humano, se puede volver sobre sus creadores y dominarlos, por ejemplo, en las crisis económicas (fetichismo). Estas realidades extralingüísticas pueden tener estructuras (partes relacionadas entre sí de acuerdo con ciertas legalidades). Lo anterior forma parte de la noción de objetivación, aunque ciertamente, la realidad no se reduce a las estructuras (estructuralismo), ni estas determinan a los sujetos, sino que los presionan. La totalidad de relaciones no

es sino las relaciones entre sujeto y objeto. La totalidad en el pensamiento son las relaciones descubiertas como centrales para explicar-comprender la acción. Las objetivaciones no solo pueden ser de objetos materiales, por ejemplo, del trabajo humano objetivado en edificios, sino también culturales, subjetivas, discursivas, textuales y hasta formas de razonamiento. Por ejemplo, Lucien Febvre habla de estructuras de pensamiento de una época; Bourdieu, del *habitus* de una clase; Schütz, del significado objetivo.

El otro gran tema que no agota al de la metodología, puesto que la realidad no se capta solo por comprensión de significados, es el de si puede haber método hermenéutico para comprender los significados de los actores sociales (Chandler, 2013) (Cooke, 2011). En este punto el relativismo se siente más cómodo que con las ciencias naturales, las que han hecho grandes descubrimientos difíciles de reducir al lenguaje en sus consecuencias prácticas y teóricas; es donde operaría más cabalmente la doble hermenéutica. Si por método entendiéramos lo que los positivistas proponen, una lógica universal y neutral, no sería posible tener algo así para comprender los significados. Pero si entendiéramos por método guías heurísticas para construir conocimiento, en especial para comprender significados de los actores, no universalizables, sino en función de la situación concreta, habría que empezar aceptando que los significados son importantes para entender la acción social, y que no pueden ser sustituidos completamente por los textos. Son importantes porque entre estructuras que presionan y acciones, los actores dan —en parte— sentidos a través de significados y deciden la acción (Ginev, 1995). Esta generación de significados por los actores sociales está en relación con los contextos lingüísticos y no lingüísticos (indexalidad), y con las estructuras e interacciones que los presionan. De manera parcial, la idea puede retomarse de Gadamer: “se validan por razones y argumentos en la comunidad, de acuerdo con una tradición”. Ciertamente, la capacidad de argumentación es decisiva, pero podríamos quitarle el restante relativismo de que cada comunidad, al tener sus propias tradiciones, cuenta con argumentos relativamente válidos, para continuar con la falta de objetividad —entre comunidades— en la argumentación, cuando de lo que se trata es de captar las razones y argumentos vá-

lidos para los sujetos que realizan la acción, que también puedan ser convincentes para otros. En todo caso, no se trata de ver si estos argumentos son válidos con respecto de otra realidad, sino si guiaron la acción (Kyung-Man, 2002). Por supuesto que dichos argumentos no los puede simplemente deducir el investigador de una teoría, aunque puede haber teorías (que no habría que despreciar en el sentido heurístico) que guiaran el camino hacia el encuentro con los argumentos de esa comunidad. De cualquier manera, necesitaremos del concurso y diálogo con sujetos de la comunidad, no solo para imaginar, sino para reconstruir las razones que los llevaron a la acción, y a la vez, preguntarnos si estas tenían que ver con estructuras extrasubjetivas. Es decir, a Gadamer le falta otro concepto de objetividad diferente del antipositivista (no correspondencia entre pensamiento y realidad externa al sujeto). Cuando vamos por un camino no positivista, no basta con decir que hemos formulado las razones de la acción de otros, sino si estas fueron objetivas (voluntad objetiva, diría Gramsci). Objetivas —teórica y argumentativamente— conforme a datos, y sobre todo, a la reconstrucción de la totalidad, la verdad como articulación, en donde lo empírico tendría un papel subordinado a la reconstrucción. Aunque finalmente, no se pueda sino aproximarse a dicha realidad.

Es decir, a Gadamer, que nunca fue un científico social, le falta el tema específico del dato que valida una interpretación; si este problema no se resuelve, solo queda el relativismo extremo. El dato para la interpretación de significados ciertamente tiene que ser intersubjetivo —entre investigador e investigado—, pero no en relación arbitraria o antojadiza, puesto que se trata de una confrontación interpretativa entre la comprensión que viene de la teoría del investigador, el contexto y los sentidos comunes de los investigados. Aquí es donde entra el tema del consenso, que nuevamente queda muy simplificado en los hermeneutas (O’Hear, ed., 2012). Se puede llegar a acuerdo, e incluso a desacuerdos, e interpretar. La primera opción no necesariamente refiere a un diálogo de comunidad ideal, en el sentido de Habermas (Cooke, 2011), pero también, una de las partes puede ser disuadida por una mayor capacidad argumentativa, por autoridad o por fuerza, de tal forma que aceptación no es igual a consenso, aunque es igual-

mente una de las posibilidades del diálogo. Intersubjetivo solo querrá decir intercambio y discusión de significados, pero no necesariamente el consenso ideal. El dato de significado es intersubjetivo; sin embargo, falta añadir que los datos, aunque también implican interpretaciones, hacen intervenir los sentidos en una percepción. Sobre la captación de realidades a través de los sentidos, cabe la misma observación general sobre los pensamientos: que la observación depende del lenguaje; mas, no se trata de observaciones arbitrariamente interpretadas, sino que trascurren por la vía de consensos sociales acerca de los significados de lo observado (por ejemplo, la edad es entendible de manera homogénea en el mundo occidental, porque se ha institucionalizado a través del registro civil). Lo anterior no significa simple convencionalismo desde el momento en que el dato tiene un componente subjetivo, y al mismo tiempo, una realidad externa al sujeto (Tudor, 1982). Es decir, la convención lingüística para observar no le quita necesariamente objetividad al dato; se trata de un recorte de ese nivel de realidad —que es lo observable, que depende del concepto—, pero también de la realidad externa al sujeto. En esta medida hay recortes de lo real empírico (lo real siempre en lo social es sujeto-objeto), peores o mejores, para explicar y comprender; en el caso del significado, para comprender. El dato, entonces, nunca puede ser absoluto o estar simplemente dado en la realidad, pero si puede ser aproximado, en tanto permite explicar o comprender mejor. Asimismo, mucho se puede decir de todo el edificio de reconstrucción de la totalidad de las relaciones entre estructuras-subjetividades y acciones. Es decir, el concepto de objetividad no puede reducirse al consenso en la comunidad (Watcherhauser, 1994), primero, porque no hay comunidades ideales de diálogo, y las comunidades académicas de investigación se parecen mucho más a la imagen de Khun (en eterna competencia y en relaciones de poder) que a la de Habermas (de interacción comunicativa en el mundo de la vida, o a la del interaccionismo simbólico generalmente reacio a incorporar al poder).

El último Ricoeur pareciera alejarse un poco del intenso relativismo (Ricoeur, 2007) de sus primeras épocas, cuando dice que a la comprensión de los significados se llega como probabilidad (validación); esta validación es argumentativa, pero implica también “indi-

cios” (signos): se buscan en los significados “razones para”. A todo esto se le podría llamar una metódica, o sea, la comprensión implica a la explicación (Ricoeur, 1996).

La objetividad del conocimiento incluye a la argumentación, que no es solo argumentación; es también la intervención de datos, que aunque no existan puros (dependen de conceptos y de instrumentos de construcción), tienen la propiedad, a diferencia de la sola argumentación, de tener una cara en el concepto y otra en la realidad que se quiere investigar, aunque esa realidad fuera la subjetividad o la cultura de los que hacen la acción (Wodak, 2008). Puede haber mejores o peores explicaciones y comprensiones de acuerdo con resultados, pero el pragmatismo también debe ser superado, y puede serlo si se diferencia práctica de praxis, dejando el primer concepto para las prácticas rutinarias, reiterativas, aquellas que han hecho pensar a autores notables que son prereflexivas (Heidegger) o inconscientes (Giddens, Bourdieu). Aunque, como señalamos atrás, la práctica humana implica algún nivel de reflexión —en mayor o menor grado—, lo anterior no quiere decir dejar fuera al inconsciente (entendido como no consciente), pero se lo entiende actuando junto al consciente, y este no sería un epifenómeno del primero. El actor no siempre tiene claros los motivos de su acción.

La praxis, como práctica transformadora de la realidad del contexto del sujeto y del propio sujeto, supone en parte reflexión (en esta intervienen reglas), motivos y presiones de las estructuras llamadas por otros causas, junto a lo no consciente o a lo que no se puede expresar con palabras (Dosse, 2008). Acerca de la praxis, puede interesar su explicación-comprensión; para esto habría que reconstruir la totalidad concreta de niveles de la realidad objetivados junto a aquellos subjetivados; sin embargo, el problema más relevante es el de definir —en la coyuntura del tiempo presente— el espacio de posibilidades viable para la acción de los sujetos. Un problema así definido, no es de explicación-comprensión, ni de predicción, estrictamente (Soames, 1992).

Finalmente, no se trata de acuñar otro criterio de demarcación como en el positivismo. Entre ciencia y no ciencia hay un continuum en las teorías científicas, como dice Putnam, en donde se en-

tremezclan —en mayor o menor medida— conceptos científicos con términos del lenguaje común, e incluso imágenes (a la manera de Benjamin). Una distinción entre los dos no es que el pensamiento común sea arbitrario y la ciencia no; los dos siguen sus reglas, que no son las mismas. En particular, las afirmaciones de la ciencia no son al azar o antojadizas, y se reflexiona a partir de teorías; aunque nunca está ausente el sentido común, episteme y doxa forman parte de la ciencia. La ciencia se prueba en la praxis, y hace intervenir los datos en la prueba. Esa prueba es, a la vez, de sus fundamentos ontológicos, epistemológicos, teóricos, empíricos y técnicos, y es posible no solo porque el sujeto argumente —se puede argumentar fantasiosamente—, sino porque es capaz de conectar esos argumentos con teorías y con datos. Es decir, las ciencias sí tienen fundamentos, aunque estos no sean universales, cambien con la historia, con el objeto de estudio. Se trataría de un realismo no ingenuo, mediado, lo que Beuchot (2013) llama realismo analógico.

Hermenéutica radical, postempirismo, textualismo y pragmatismo, han apuntado a problemas razonables de la ciencia, contribuyendo a resquebrajar los fundamentos del positivismo (Sigaard, 2011). Sus anotaciones no pueden ser ignoradas, pero habría que ubicarlas en un contexto de una objetividad relativa y no de un simple relativismo que conduce al agnosticismo y a la parálisis de la investigación científica, que queda como simple juego del lenguaje. Por muchos años los relativistas con sus críticas, han tirado el agua sucia de la epistemología positivista, pero junto con el niño de la ciencia, al volverse impugnación de toda ciencia que se pretenda como tal. Sin embargo, el real efecto de este relativismo fue alejar la investigación científica concreta de la epistemología, y en general, de la filosofía, y lo que pudo ser —desde los ochenta del siglo XX— una nueva era de lo que es y cómo se debe hacer ciencia, se convirtió en divorcio y retorno (por científicos sociales) a las formas más criticadas de cómo hacer investigación: el método hipotético deductivo a través de cuantificaciones (Rockmore, 1990). En la primera situación de pérdida de fundamentos del quehacer científico, los científicos a veces llegan a recuperar algunos aspectos parciales de la crítica hermenéutica, para intentar —tímidamente— otras for-

mas de investigar, no obstante, en estos se cumple también la falta de fundamentos, pues de haber asumido cabalmente esas hermenéuticas radicales, no estarían haciendo ciencia. Es decir, la primera situación de la influencia del antifundacionismo en los científicos sociales ha sido la inconsecuencia entre esa antiepistemología y la adopción de aspectos parciales que no van al fondo de aquella crítica de la ciencia. La segunda situación de la influencia de las filosofías que plantean la ausencia de fundamentos en la ciencia, sería la adopción de versiones menos radicales de la hermenéutica (Schütz, Goffman, Geertz) o del propio Foucault, visto como metodólogo y no como impugnador del saber o su subsunción en el poder. Pero ninguna de las dos opciones sensibles al momento antiepistemológico actual conduce al establecimiento de nuevos fundamentos, sino a reforzar la hipótesis antifundacionista de que la ciencia se sigue reproduciendo como simple discurso sin fundamentos. Por supuesto que hay una tercera opción para los científicos sociales impactados por el relativismo, que es abandonar la construcción de conocimiento científico y volverse filósofos.

En América Latina, subcontinente importador neto de epistemologías, teorías y métodos, el relativismo se ha impuesto en el campo de la filosofía de la ciencia; sin embargo, la investigación científica no ha decaído, ni sus polémicas acerca de la verdad de sus afirmaciones concretas. En esta medida se dan mezclas heterogéneas, reflexiones parciales, y muchas modas que hay que superar, siendo necesario polemizar con las corrientes relativistas y liquidacionistas de la ciencia, que como dice Margaret Archer, son incapaces de dar cuenta de los grandes descubrimientos de las ciencias naturales, y que parecieran proponer a los científicos sociales seguir jugando lingüísticamente sin pretender cambiar el mundo.

Bibliografía

- Apel, Karl-Otto (1992) "The Hermeneutic Dimension of Social Science and its Normative Foundation". *Man and World*, Kluwer Academic Publisher, No. 25, pp. 247-270.

- Austin, John L. (1962) *How to Do Things with Words*. Oxford, Oxford University Press.
- Barbalet, Jack M. (1983) *Marx's Construction of Social Theory*. London, Routledge.
- Bernstein, Richard (1983) *Beyond Objectivism and Relativism*. Pennsylvania, University of Pennsylvania Press.
- Beuchot, Mauricio (2013) *Manifiesto del nuevo realismo analógico*. Argentina, Círculo Hermenéutico.
- Betti, Emilio (1984) "The Epistemological Problem of Understanding as an Aspect of the General Problem of Knowing". *Hermeneutics: Questions and Perspectives*, University of Massachusetts Press, pp. 25-53.
- Bhambra, Gurinder K. (et al.) (2014) "Contesting Imperial Epistemologies". *Journal of Historical Sociology*, Wiley Blackwell, vol. 27, No. 3, pp. 293-301.
- Blaauw, Martijn (2008) "Constructivism in epistemology". *Social Epistemology: A Journal of knowledge, culture and policy*, Routledge, vol. 22, No. 3, pp. 227-234.
- Boudon, Raymond (1980) *Crisis of Sociology*. London, Macmillan.
- Chandler, Bret (2013) "The Subjectivity of Habitus". *Journal of Theory of Social Behavior, John Wiley & Sons, Inc.*, vol. 43, No. 4, pp. 469-491.
- Campbell, Donald (1998) *The Methodology and Epistemology for Social Sciences*. Chicago, University of Chicago Press.
- Cooke, Maeve (2001) "Meaning and Truth in Habermas's Pragmatics". *European Journal of Philosophy*, Wiley-Blackwell, vol. 9, No. 1, pp. 1-23.
- Crucshank, Justin (2003) *Realism and Sociology: antifundamentalism*. London, Routledge.
- De la Garza, Enrique (1988) *Hacia una metodología de la reconstrucción*. México Editorial Porrúa.
- Dosse, François (2008) *Psicoanálisis v/s Fenomenología*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Feather, Howard (2000) *Intersubjectivity and Contemporary Social Theory*. Sidney, Ashgate.
- Ferraris, Mauricio (2002) *Historia de la Hermenéutica*. Madrid, Siglo XXI Editores.

- Flores, Guillermo (2013) "Las Críticas de Apel a Facticidad y Validez". *Iztapalapa*, Universidad Autónoma Metropolitana, vol. 34, No. 74, pp. 157-188.
- Freeman, Melissa (2011) "Validity in dialogic encounters with hermeneutic truths". *Qualitative Inquiry*, Sage Publications, vol.17, No. 6, pp. 543-551.
- Ginev, Dimitre (2013) "Ethnomethodological and Hermeneutic-Phenomenological Perspectives on Scientific Practices". *Human Studies*, Springer Science+Business Media, vol. 36, No. 2, pp.277-301
- _____(1995) "Between Epistemology and Hermeneutics". *Sciences & Education*, Kluwer Academic Publishers, No. 4, pp. 147-159.
- Hall, John (1990) "Epistemology and Sociohistorical Inquiry". *Annual Review of Sociology*, Annual Reviews, vol. 16, pp. 329-351.
- Harrington, Austin (2000) "Objectivism in Hermeneutics? Gadamer, Habermas, Dilthey". *Philosophy of the Social Sciences*. Sage Publications, vol. 30, No. 4, pp. 491-507.
- Jameson, Fredric (1979) "Marxism and Historicism". *New Literary History*, The Johns Hopkins University Press, vol. 11, No. 1, pp. 41-73.
- Kaufman, Felix (1943) "Verification, Meaning and Truth". *Philosophy and Phenomenological Research*, International Phenomenological Society, vol. 4, No. 2, pp. 267-284.
- Kyung-Man, Kim (2002) "On Failure of Habermas's Hermeneutic Objectivism". *Cultural Studies <=> Critical Methodologies*, Sage Publications, vol. 2, No. 2, pp. 270-298.
- Lamola, John (2013) "Marxism as a Science of Interpretation: beyond Louis Althusser". *South African Journal of Philosophy*, Philosophical Society of Southern Africa, vol. 32, No. 2, pp. 187-196.
- Lakoff, George; Johnson, Mark (1982) *Metaphors with Live Be*. Chicago, University of Chicago Press.
- Larey, Jose; Potter, Garry (2001) *After Postmodernism*. London, The Anthon Press.
- Laet, Marianne (2012) "Anthropology as social epistemology?". *Social Epistemology: A Journal of knowledge, culture and policy*, Routledge, vol. 26, No. 3-4, pp. 419-432.

- Luft, Joan; Shields, Michael D. (2014) "Subjectivity in Developing and Validating Causal Explanation in Positivist Accounting Research". *Accounting, Organizations and Society*, Elsevier, vol. 39, No. 7, pp. 550-558.
- McLennan, Gregor (2014) *Marxism and Methodologies of History*. London, Verso.
- O'Hear, Anthony (ed.) (2012) *Verstehen and Human Understanding*. New York, Cambridge University Press.
- Pietersma, Henry (2000) *Phenomenological Epistemology*. New York, Oxford University Press.
- Rankin, K.W. (1966) "Wittgenstein on Meaning, Understanding and Intending". *American Philosophical Quarterly*, University of Illinois Press, vol. 3, No. 1, pp. 1-13.
- Reckman, Hilke D. (1990) "Science and Hermeneutics". *Philosophy of Social Sciences*, Sage Publications, vol.20, No. 3, pp. 295-316.
- Rennie, David (2007) "Methodical hermeneutics and humanistic psychology". *The Humanistic Psychology*, Routledge, vol. 35, No. 1, pp. 1-14.
- Ricarez, H. P. (1990) "Science and Hermeneutics". *Philosophy of Social Sciences*, Sage Publications, vol.20, No. 3, pp. 295-316.
- Ricoeur, Paul (2008) *Ideología y Utopía*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- _____ (2007) *Hermenéutica y Acción*. Buenos Aires, Universidad Católica de Argentina-Prometeo Editorial.
- _____ (2003) *El Conflicto de las Interpretaciones*. México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1998) *Hermeneutics and the Human Sciences: Essays on Language, Action and Interpretation*. New York, Cambridge University Press.
- _____ (1996) *Si mismo como Otro*. Madrid, Siglo XXI Editores.
- Rockmore, Tom (1990) "Epistemology and Hermeneutics". *The Monist*, Oxford University Press, vol. 23, No. 2, pp. 115-133.
- Sainsbury, R. M (1980) "Understanding and Theories of Meaning", *Proceedings of the Aristotelian Society*, Wiley, vol. 80, pp. 127-144.
- Steinmetz, George (ed.) (2012) *The Politics and Methods in Human Sciences: positivism and its Epistemological others*. Durham, Duke University.
- Shatzki, Theodore (1986) "The Rationalization of Meaning and Understanding: Davidson and Habermas". *Synthese*, Springer Science, vol.69, No. 10, pp. 51-79.

- Siggaard, Jensen (2010) "Management-decision and interpretation". *Journal of Organizational Change Management*, Emerald Group Publishing, vol. 23, No. 2, pp. 134-136.
- Skinner, Quentin (1969) "Meaning and Understanding in the Story of Ideas". *History and Theory*, Wiley, vol. 8, No. 1, pp. 3-53.
- Soames, Scott (1992) "Truth, Meaning and Understanding". *Philosophical Studies*, Springer Science, vol. 65, No. 172, pp. 17-37.
- Tolman, Deborah; Bydon-Miller, Mary (eds.) (2001) *From Subject to Subjectivity: a handbook of interpretative and participatory methods*. New York, New York University Press.
- Tudor, Andrew (1982) *Beyond Empiricism: philosophy of social science in sociology*. London, Routledge.
- Watcherhauser, Brice (1994) *Hermeneutics and Truth*. Illinois, Northwestern University.
- Wodak, Ruth (2008) "Complex Texts: analyzing understanding, explaining and interpreting meanings". *Discourses Studies*, Sage Publications, vol. 13, No. 5, pp. 623-633.